

## AGENDA CIUDADANA

### CUANDO MEXICO FUE IRAQ Y HUERTA HUSSEIN Lorenzo Meyer

Una Doctrina Vieja que se Presenta Como Nueva.- El presidente de los Estados Unidos acaba de ordenar a los encargados de la política de seguridad nacional que elaboren en las semanas por venir un documento que sirva de sostén teórico a la doctrina del “ataque preventivo”. Se trata de armar una justificación política y legal para que Estados Unidos pueda actuar de manera anticipada en contra de cualquier estado u organización que intente o pueda poseer armas de destrucción masiva y que tuvieran como posible objetivo a los intereses norteamericanos. El propósito es proveer de legitimidad ética y teórica a acciones políticas, económicas o militares, contra quien sea sospechoso de preparar un ataque contra objetivos de Estados Unidos, (*The New York Times*, 17 de junio). Se trata de armar una doctrina de rango similar a aquellas que dominaron durante la Guerra Fría –la de “contención” (de la expansión soviética) y la de “represalia masiva” (contra un ataque nuclear soviético)— pero diseñada para una época donde la prioridad de Washington ya no es la lucha contra el comunismo sino contra el terrorismo, y donde se requiere elevar de categoría a un viejo dicho: “quien pega primero, pega dos veces”.

Dejemos a un lado, por el momento, la dificultad práctica que implica determinar si un estado o grupo se prepara realmente para actuar como terrorista y por tanto es legítimo adelantarse y atacarlo primero. A estas alturas ya nadie duda que Washington ha llegado a la conclusión que el caso que dará contenido al nuevo principio internacional será el del Irak de Saddam Hussein, pues por tres

años ese enemigo de Washington ha impedido que inspectores internacionales verifiquen si es cierta o falsa la sospecha de que está fabricando armas biológicas o incluso atómicas. Tal negativa ha sido tomada como prueba contundente de las pésimas intenciones del gobierno de Bagdad frente a Estados Unidos o sus aliados, y justamente por eso se intenta justificar el agredirlo antes de que él agreda.

Ante la decisión del presidente George W. Bush, los comentaristas se han apresurado a señalar que por lo menos en una ocasión, en 1962, Estados Unidos ya habría actuado bajo los supuestos básicos de esta doctrina que aún está por formularse. En efecto, hace cuarenta años el presidente John F. Kennedy decidió no esperar a ver cual era el verdadero propósito de la instalación en Cuba de una base de cohetes atómicos soviética y actuó de inmediato: arriesgándose a un choque directo con la otra superpotencia, la armada norteamericana bloqueó la isla y exigió a un país soberano –la URSS-- desmantelar las plataformas de lanzamiento y retirar los cohetes que otra nación soberana –Cuba— le había pedido instalar como disuasión contra una muy probable invasión norteamericana.

Antecedentes.- En realidad, la doctrina del “ataque preventivo” había sido utilizada en América Latina con anterioridad a 1962 y contra gobiernos que, de acuerdo a la visión de Washington, eran una amenaza mayor para sus intereses en el hemisferio. Un caso fue Guatemala en 1954 y otro México en 1914.

En el 54, y a través de la CIA, el gobierno de Washington organizó una fuerza mercenaria –con norteamericanos en ella, como pilotos-- encabezada por el derechista coronel Carlos Castillo Armas y puso fin así al gobierno del

presidente de Guatemala Jacobo Arbenz Guzmán, por considerar que su política social –en particular una reforma agraria que afectaba las plantaciones de la United Fruit Company y la compra de un cargamento de armas a Checoslovaquia— podía desembocar en la creación de un “régimen comunista” en una zona estratégica para Estados Unidos y era necesario pasar por encima del principio de no intervención y actuar antes de que Arbenz se consolidara. Como sabemos, la derecha se apoderó de Guatemala y por un largo tiempo el país se sumió en una brutal guerra civil. Pero el caso más claro de “ataque preventivo” norteamericano y directo, se llevó a cabo en México en 1914, y la similitud con lo que ha pasado o puede pasar en Irak, es digna de consideración por lo que nos dice sobre la naturaleza no sólo de la política internacional de Estados Unidos, sino de las grandes potencias en general.

Política Comparada.- Es claro que ninguna situación histórica es enteramente similar a otra y que todo evento es único e irrepetible. Sin embargo, procesos en diferentes épocas y lugares pueden compartir rasgos importantes y en las similitudes y diferencias se pueden encontrar elementos para generalizar más allá de los casos particulares. Examinemos con ese ánimo las acciones de Estados Unidos en México a principios del siglo XX y las que ha llevado a cabo en Irak desde hace veinte años.

El Tirano como Instrumento..- A pesar de que con frecuencia Saddam Hussein, el hombre fuerte de Irak, aparece en uniforme, no es un militar sino un político profesional, pero a semejanza de ciertos militares, su instrumento principal de poder es la fuerza, la brutalidad extrema. Hussein ha sido consistente en el uso de la fuerza, desde su participación, hace medio siglo, en el intento de

asesinar al primer ministro de su país, Abdul Karim Kassem, pasando por la toma del poder en 1963 y su afianzamiento en el mismo como líder del Partido Ba'ath hasta convertirse en auténtico dictador en 1979 y resistir con éxito por más de diez años la enorme presión norteamericana desatada en su contra.

En 1980 Hussein lanzó a su país a una larga y sangrienta lucha contra su vecino, el Irán de los ayatolas, misma que terminó en 1988 sin una victoria o derrota clara. Y en ese empeño, el dictador contó con apoyo norteamericano, pues Washington estaba interesado en poner fin por cualquier medio al régimen religioso recién establecido en Irán y restaurar su propia influencia en esa rica zona petrolera, influencia que se había visto disminuida a raíz de la caída del aliado de Estados Unidos, el sha de Irán, Reza Pahlevi, y el triunfo de la revolución islámica.

Volvamos ahora la mirada setenta años atrás y a México. En 1910, una revolución política puso fin a un régimen dictatorial pero también empeñado en modernizar rápido al país y en mantener una buena relación con Washington y con el gran capital internacional en general. El petróleo en México no era tan importante como lo es ahora en el Medio Oriente, pero tampoco estaba del todo ausente.

El ascenso de Francisco I. Madero a la presidencia y el inicio de un nuevo régimen en México, produjo una natural e inevitable serie de convulsiones sociales, reacomodos políticos e ingobernabilidad, que quebraron la estabilidad del pasado, pero que no fueron entendido como fenómenos temporales por el representante de Washington en México —Henry Lane Wilson— ni por los grandes inversionistas extranjeros. Cuando estalló el levantamiento militar de febrero de

1913, el embajador norteamericano y los ministros europeos simplemente decidieron aprovechar la coyuntura para apoyar a Félix Díaz a restaurar el viejo orden. Finalmente no sería Félix Díaz sino el general Victoriano Huerta quien se estableciera como el líder indisputable del ejército, y el ejército como la institución alrededor de la cual se volvería a crear el orden. El embajador norteamericano y las cancillerías europeas apoyaron al hombre y a su proyecto.

Tanto en el caso de Victoriano Huerta como de Saddam Hussein Washington consideró adecuado usar al “hombre fuerte” como la vía más expedita para restaurar el *status quo ante*. Sin embargo, muy pronto se les retiraría ese apoyo y se les calificaría de autoritarios, tiranos y enemigos de un gobierno justo, lo que hacía intolerable su permanencia en el poder. En ambos casos Washington los condenó por ser lo que desde el inicio se sabía bien que eran: un par de dictadores corruptos y sin escrúpulos.

Hussein se transformó de instrumento en peligro para Estados Unidos cuando decidió hacer lo que él consideró un reclamo histórico de Iraq: la anexión del pequeño y muy rico estado petrolero de Kuwait al que Bagdad considera una provincia. El resultado fue la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990 y la reacción norteamericana: la guerra de seis semanas –la Guerra del Golfo Pérsico—que obligó a las tropas iraquíes a retornar a sus fronteras originales. Más que defender la independencia de Kuwait –un estado bastante artificial— Washington se opuso a que un Hussein incontrolable se convirtiera en un factor de poder en una zona estratégica por su riqueza petrolera. Si la victoria norteamericana del 91 sobre Irak no culminó con la destrucción de Hussein y su régimen fue porque Estados Unidos no encontró como sustituirlo sin arriesgarse

a desatar un desorden que pudiera terminar en algo parecido a lo que había ocurrido en Irán.

En el caso de México, lo que sucedió fue que Huerta permaneció fiel a sí mismo pero hubo un cambio de timón en Washington que modificó todo el marco de la negociación con México: los republicanos perdieron las elecciones y la nueva presidencia encabezada por Woodrow Wilson, antiguo profesor de ciencia política, consideró que la estabilidad de largo plazo del país vecino del sur no se podía basar en algo tan simple y brutal como una dictadura militar y exigió en nombre del interés norteamericano –y mexicano-- que Huerta no prolongara su papel de presidente provisional y convocara a elecciones. Pero como hoy en Irán, por más que lo intentó Washington no encontró en México al sustituto ideal, pues del otro lado de Huerta estaba, en ciernes, el nacionalismo revolucionario personificado por Venustiano Carranza. Y ese nacionalismo y esa revolución social que despuntaba, exigían todo el poder, sin concesiones.

El presidente Wilson sacó de México al otro Wilson, al embajador de los republicanos y apoyo de Huerta, y empezó a maniobrar para encontrar en un México en llamas al hombre del “justo medio” que sustituyera al dictador pero que fuera un demócrata en el sentido norteamericano y no un “extremista” de la revolución. Al final no encontraría a nadie porque simplemente ese personaje no existía en México en ese momento. Fue entonces cuando tomó fuerza la idea de un “ataque preventivo”. Ante la hostilidad de Washington, Huerta había buscado y encontrado el apoyo de los europeos y buscaba manipular en su favor el nacionalismo. Estados Unidos, para imponer su voluntad en América Latina sobre la de las potencias europeas –particularmente Inglaterra y Alemania— y sobre un

gobierno rebelde –el de Huerta-- en una zona donde pretendía la plena hegemonía, levantó la prohibición de venderle armas a los revolucionarios (febrero de 1914) y luego uso un incidente sin importancia en Tampico (la detención momentánea de ocho marineros norteamericanos por un oficial huertista) para obtener del congreso la autorización a usar la fuerza contra Huerta, no contra México, por el “insulto” cometido. Y esa fuerza se usó no en Tampico, donde había ocurrido el “insulto” sino en Veracruz, donde un navío alemán pretendía entregar armas a Huerta.

La acción militar norteamericana en Veracruz en 1914 no fue resultado de ninguna acción directa de Huerta o del huertismo contra Estados Unidos, fue producto de un autentico “ataque preventivo” al principal puerto controlado por los huertistas para evitar que recibieran armas de Europa y siguieran poniendo en duda la primacía norteamericana en la zona. Tras la caída de Huerta en julio, el problema para Washington fue encontrar la manera de salir militarmente de México y de presionar para un rápido retorno a la normalidad, cosa que no lograría, pues manipular a una revolución social y nacionalista nunca ha sido un asunto fácil.

Conclusión.- Los “ataques preventivos” son parte de la política entre rivales desde tiempos inmemoriales. No hay, pues, nada novedoso en el fondo de la política del presidente Bush en Iraq, lo novedoso está en la forma. Lo que Washington hizo en México o Guatemala sin necesidad de un principio general que lo justificara, ahora lo va hacer pero tras elaborar un esquema teórico. ¿Es un progreso?, en cierto modo sí, pues la nueva doctrina obligará al poder a

**justificarse en términos morales, lo que es una limitante del poder, aunque muy  
pero muy relativa.**